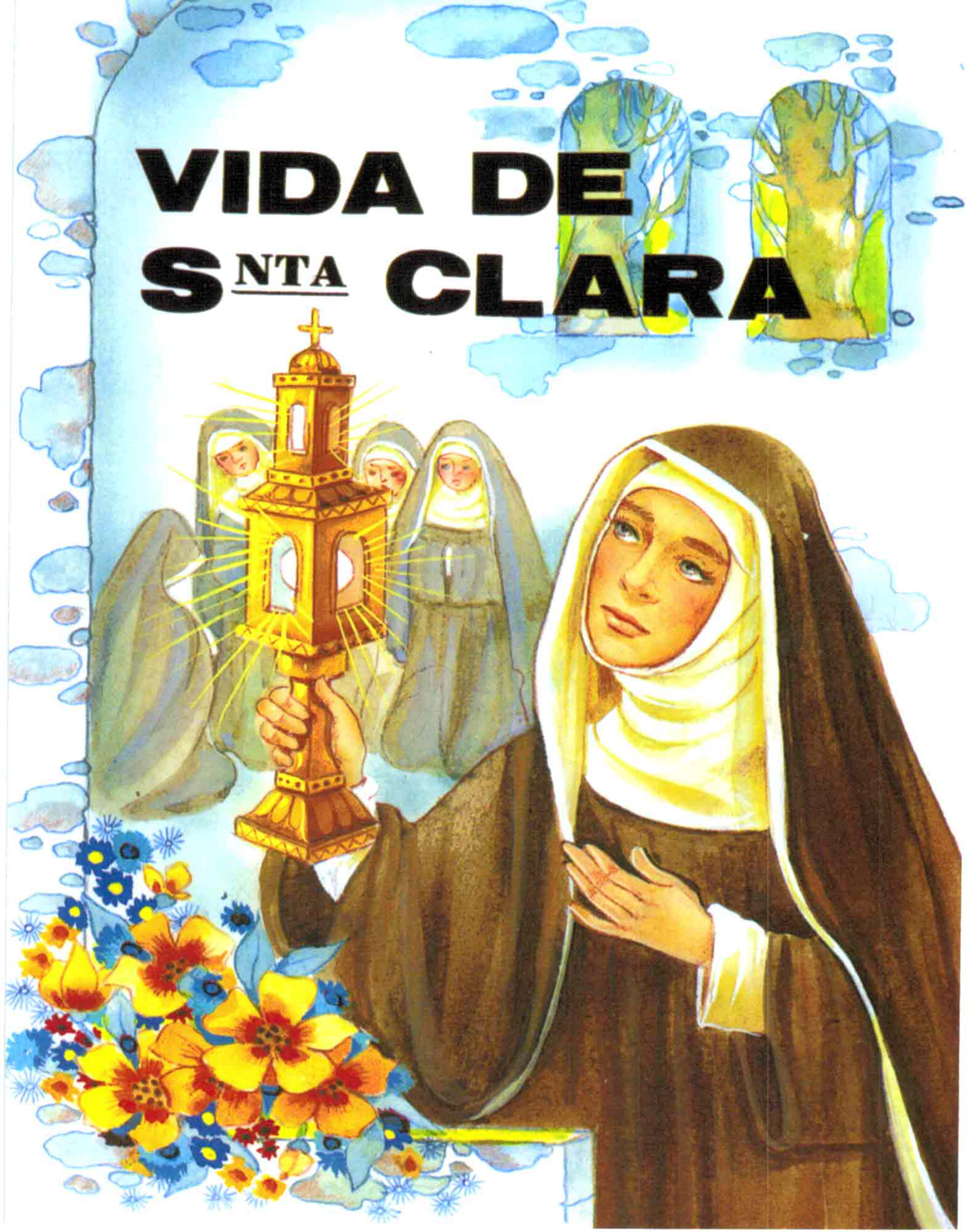
VIDA DE SNTA CLARA



VIDA DE SANTA CLARA

B. Martín Sánchez

El presente libro lo dedico de un modo especial a las Religiosas del Convento de Santa Clara de Zamora por celebrarse en el año 1987 el 750 aniversario de su fundación canónica en esta ciudad.

Editorial APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-015-9 - Depósito legal: GR 1.333-1998
Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Santa Clara y la ciudad de Asís

En una graciosa colina del hermoso valle italiano de Espoleto, se alza la ciudad de Asís, ilustre no sólo por sus artistas, sino principalmente por sus dos grandes Santos: Francisco y Clara, que son los que han contribuido a darle gran renombre.

Clara nació en Asís a finales del siglo XII. Su vida transcurre entre estas dos fechas, la de su nacimiento en 1194 y la de su muerte el 11 de agosto de 1253.

Sus padres se llamaban Favarone de Offreduccio y Hortulana. Ambos de familias nobles y pudientes. Cuando Hortulana vio que iba a ser madre fue a orar a la Catedral y suplicó al Señor con insistencia que la librara de los peligros del parto, y entonces le pareció oír una voz misteriosa que le decía: "No tiembles, mujer; porque de tí nacerá una luz que iluminará grandemente el mundo".

Este fue el motivo de bautizar con el nombre de Clara a la niña que vio la luz el 16 de julio del año ya referido 1194.

Uno de los testigos declaró con juramento en el proceso de su canonización: "Que conoció a Clara, cuando era niña en casa de sus padres; y era virgen, y desde su primera edad comenzó a dedicarse a las obras santas, como si hubiera sido santificada en el vientre de su madre. Y como era bella de rostro, se trató de darle marido; y muchos de sus parientes le rogaban que consintiese en casarse; pero ella jamás accedió. Y el testigo mismo le había rogado muchas veces que accediese, y ella no quería ni oirle; antes bien, ella le predicaba a él el desprecio del mundo".

Francisco y la vocación de Clara

Clara, desde sus primeros años se la veía inclinada a la virtud. Su madre la educaba con todo esmero y le inculcaba el amor a la oración, a las obras de caridad. Testigos de su vida dicen que le gustaba visitar a los enfermos y hacer limosna a los pobres.

Cuando ella oía a su madre, que había visitado Tierra Santa y la hablaba de los lugares donde Jesús había sufrido y había sido crucificado por redimirnos, tuvo aficción a la penitencia y hasta llegó a llevar bajo sus finos vestidos preciosos un pequeño cilicio.

Sucedió que un día en este ambiente en que vivía, oyó hablar de Francisco, joven convertido en mendigo por amor y era un predicador celoso, y se decidió ir a escucharlo.

Es de advertir que Clara tuvo otras dos hermanas, llamadas Inés y Beatriz. Clara solía ir acompañada con su hermanita Inés y ambas escuchaban emocionadas los discursos de Francisco; más Clara al ver la vida de extrema pobreza y la caridad sin límites, y además las inflamadas palabras en la predicación y el desprecio del mundo de aquel predicador, le entró el deseo de consagrarse a Dios y renunciar a todos los casamientos que le proponían, creciendo en ella el deseo de ver a Francisco, hasta que un día conocedor éste de la reputación de pureza, de caridad y piedad que envolvía a Clara, tuvieron un encuentro, y como ella le manifestase el deseo de consagrarse totalmente a Dios, terminó confiándose por entero al consejo de Francisco y tomándole "como guía de su vida después de Dios".

Desde entonces Francisco y Clara serán dos almas compenetradas en un grande ideal de santidad y de vida evangélica...

Una anécdota que suena a profecía

Cuando Clara contaba trece años salió, como movida por el Espíritu de Dios con su hermanita Inés, a dar un paseo hacia la pequeñita iglesia de San Damián, donde ven a Francisco que se había metido a albañil de Dios. Este había interpretado literalmente una voz del crucifijo bizantino de aquella iglesia derruida; la voz misteriosa le había dicho:

"Francisco, ve y repara mi casa, que, como ves, se viene al suelo".

Por aquellos días, él había mendigado por calles y plazas material para la reconstrucción y como un airoso mendigo voluntario recitaba su pregón parodiando el canto de los trovadores:

—"Quien una piedra me diere, un premio obtendrá;
quien dos piedras me diere, dos premios obtendrá;
quien más piedras me diere, más premio obtendrá..."

A Clara le encantaba este pordiosero trovador por su júbilo..., y además entendía que él ofrecía de verdad más de lo que suplicaba: el premio de la gracia y el cielo. Por eso influyó para que los de su casa le ayudaran.

Ese día, pues, Clara se llegó allí con Inés. Cuando él vio a aquellas jovencitas, se encaramó, como inspirado, sobre el muro con rapidez y comenzó a clamar alegremente en francés:

"Venid y ayudadme en la obra de este monasterio de San Damián, porque con el tiempo habitarán en él unas señoras por cuya vida famosa y santa se dará gloria al Padre celestial en toda su santa Iglesia".

Este reclamo profético sonó y resonó en el corazón de Clara e Inés, y no lo olvidarían ya ni de ancianas.

La iglesia de San Damián y la Porciúncula

Francisco remató la obra de San Damián con algunos colaboradores ganados por simpatía, y luego se decidió reparar una capillita perdida en el bosque, a la que nadie se acercaba por su lejanía y su estado ruinoso. La llamaban la ***Porciúncula,*** "la porcioncita" por lo pequeñita que era.

Además Francisco se decidió a restaurarla por la gran devoción que tenía a la Madre de Dios, a quien estaba dedicada.

Entonces, cuando Francisco trabajaba con un grupito de ayudantes voluntarios, Clara le enviaba secretamente algún dinero por medio de sus amigas de mayor confianza, para que aquellos obreros sin fortuna ni jornal comieran carne.

Aumentó también, con la conciencia de la edad, su limosnería generosa, en aquellos años que se llamaron "tiempo de hambre"; literalmente, se quitaba la comida de la boca, guardaba sus alimentos con destreza, y los hacía llegar a los más pobres por medio de la buena amiga Bona.

Caso curioso es ver como Francisco había reparado San Damián, que sería la cuna de la fundación de Clara, y como Clara le había ayudado a reparar los Porciúncula, que sería la cuna de la fundación de él.

En estos primeros pasos, tan definitivos para los dos, sus sendas se cruzaron: Francisco empezó en San Damián, ante el crucifijo, y terminó en la Porciúncula ante la Virgen Madre; Clara empezó en la Porciúncula y terminó en San Damián; pero fue para recorrer un mismo camino. Ambos serían unos grandes santos...

La huida de Clara al monasterio

Clara vivía ya en el mundo con el pensamiento de ser toda para Dios, pudiendo decir que vivía en el mundo sin ser del mundo.

Convencida de que Dios le pedía una entrega total a El, al estilo de Francisco de Asís, y después de una determinación bien madurada y firmemente tomada, decidió renunciar a todo y dar un adiós a las esperanzas de este mundo por el ardiente deseo de imitar a Cristo pobre y crucificado.

Una vez preparadas todas las cosas, determinó huir de la casa paterna; sería el domingo de Ramos 18 de marzo de 1212. En este día fue a la Catedral. Oficia el obispo, quien, después de distribuir los ramos, ve a Clara de pie en su lugar y sin palma, y ¡sorpresa general!, se llegó hasta donde ella estaba y pone en sus manos la más lucida palma. Este gesto sólo él y Clara saben su significado. Ella era la nueva esposa de Jesucristo.

Clara es consciente del disgusto que se llevarían sus padres; pero ya tiene tramada su huida. Dios la llama. Durante la noche y a través de un postigo, huye con su amiga Pacífica de su casa, y vestida de novia ataviada con los mejores vestidos y joyas llega a la Porciúncula, donde le espera Francisco y sus compañeros a la luz de las antorchas; se desprende de sus joyas, Francisco le corta los cabellos y le impone un tosco sayal de penitencia..., y luego va al monasterio de San Pablo de Bastia, donde estará poco tiempo hasta instalarse definitivamente en San Damián.

Al amanecer del día siguiente, se enteran sus padres de la huida. Se presentan en el monasterio y ni halagos ni amenazas pudieron hacerla retrocederla del camino emprendido.

¿Cómo creció y se multiplicó la Orden de Santa Clara?

Es de advertir que las jóvenes que se iban reuniendo con Clara en San Damián, se llamaron primero "Damas de los pobres", y andando el tiempo recibieron el nombre de "Orden de Santa Clara".

Las primicias de San Damián fueron Clara y su hermana Inés. Esta, a los 16 días de la fuga de su hermana Clara, huyó también de la casa paterna con la ropa que tenía puesta...

Al conocer sus padres la ausencia, mandaron a varios caballeros a por ella, y no pudiendo primero con halagos y amabilidad convencerla para que se volviese con sus padres, cambiaron de táctica, la agarraron por los pelos, le dieron bofetadas y empujones, hasta que una fuerza hizo que permaneciera inmóvil y no pudieron llevarla por la fuerza.

Su madre Hortulana, llorando, les dijo a todos: ¡Dejadlas en paz!... Más tarde, ¡cosa admirable! las oraciones de Clara e Inés arrastraron a entrar con ellas en el mismo monasterio a la otra hermana Beatriz y a su madre.

El nuevo monasterio de San Damián empezaría, pues, con Clara y su hermana Inés, a las que se unieron a los pocos días Pacífica, la cómplice en la fuga de Clara, Bienvenida de Perusa y varias más... luego serían su hermana Beatriz y Hortulana su madre...

En los primeros siete años de la vida de Clara se fundaron cinco monasterios, nueve años más tarde pasaron de treinta. A la muerte de la fundadora pasarían del centenar, más de 60 en Italia y unos 40 en las demás naciones. En la actualidad pasan de 800.

El camino de Clara en su vida

El camino a seguir por Clara no sería otro que el seguido por Francisco. Si "el camino seguido por Francisco de Asís no fue otro que el de un amor ardiente y apasionado a Jesús crucificado", éste sería el suyo. Sus palabras son un eco de las de Francisco: "Es preciso amar mucho al amor de quien nos ha amado mucho".

Clara repite que el programa de vida de Francisco será el suyo, y si luego se compromete a la vida de penitencia y de pobreza, es como dice en el capítulo 6.° de la Regla, "a ejemplo y según la doctrina de San Francisco", y así lo afirma desde las primeras líneas de su Testamento:

"El Hijo de Dios se nos ha hecho camino que, con la palabra y el ejemplo, nos ha mostrado y enseñado nuestro bienaventurado Padre San Francisco, verdadero amante e imitador suyo".

Clara quiere ser pobre en el sentido más estricto, y es el consejo que da a sus religiosas: "Os ruego y aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza".

Trabajo y pobreza. Aunque Clara se había abrazado a la pobreza y le llegaban limosnas a San Damián de manos generosas, no hay que creer que en su monasterio se vivía del cuento, como suele decirse, sino que también trabajaban para proporcionarse el alimento, teniendo presente el lema benedictino: "Ora et labora", pues había que orar y trabajar. Y así dice en su Regla, n.° 19.

"Aquellas hermanas a quienes el Señor ha dado la gracia del trabajo, después de la hora de tercia, ocúpense fiel y devotamente en un trabajo honesto y de común utilidad... huyendo de la ociosidad...

En caso de necesidad, confiando en la Divina Providencia, no faltarían milagros.

Algunos de los milagros obrados por Santa Clara

La Bula de canonización de Santa Clara resume así algunos de sus milagros:

"Sucedió una vez que no había ni una gota de aceite en el monasterio. Habiéndole avisado al hermano de recogerles las limosnas, ella tomó una orza, la lavó y la colocó vacía en el umbral, para que el hermano la llevase cuando saliera a limosnear; pero éste, al intentar cogerla, la encontró —merced de la divina liberalidad— llena de aceite".

—"Otra vez, no había más que medio pan para comida de las hermanas; ella mandó que lo partieran en trocitos y los distribuyeran; y aquel que ***es el pan vivo y da de comer a los hambrientos*** multiplicó el pan en las manos de quien lo partía, hasta que dio cincuenta porciones —lo suficiente—, que fueron distribuidas a las hermanas, que ya estaban sentadas a la mesa".

Algunos de los realizados después de su muerte fueron estos:

"Un hombre que no podía andar porque tenía una pierna contraída, y se caía porque sufría epilepsia, fue llevado al sepulcro de Clara; una vez allí, la pierna produjo un ruido como de chasquido y el enfermo quedó curado de ambos males. Allí han logrado su recuperación enfermos reumáticos, contrahechos, epilépticos y locos furiosos.

A uno, a quien, debido a un golpe violento, le había quedado tullida la mano derecha, dejándosela así inutilizada e inhábil para cualquier trabajo, le fue restituida su anterior habilidad por los méritos de la santa. Otro, ciego desde hacía largo tiempo, habiéndose hecho llevar a su sepulcro, recobró allí mismo la vista y volvió sin lazarillo.

Clara portando el Santísimo ahuyenta a los sarracenos

Este caso histórico es muy conocido en el mundo milagroso, como Clara libró a su monasterio de ser profanado por los sarracenos u hordas mahometanas que, al servicio del impío emperador de Alemania, Federico II, devastaban los Estados Pontificios, arrasándolo todo a su paso.

Cuando estos enemigos de la religión de Cristo llegaron ante el recinto del monasterio y se disponían a asaltarlo, las religiosas corren a refugiarse temblando de miedo enderredor del lecho de Clara que yacía enferma. Entonces Clara, mujer fuerte, sabe que en este momento decisivo la única ayuda puede venir de Dios, el Fuerte, el Poderoso, el Invencible... Manda que le traigan rápidamente el cofrecito de marfil que preside el altar mayor donde se guarda el Santísimo Sacramento, y, ante El rezó diciendo: "¡Señor! no entregues a tus siervas que en Tí confían y ponen en Tí su esperanza en manos de tus enemigos".

Ella oyó una voz interior que le decía: "Yo os guardo y siempre os guardaré".

Repuesta Clara, puesta su confianza en Dios, las animó diciendo: "No tengáis miedo, pues yo os prometo que no sufriréis mal alguno...". Entonces, cogiendo en sus manos el sagrado cofre, apareció ella portadora de la custodia santa, trono del Dios de la majestad, ante quien doblan la rodilla el cielo, la tierra y los infiernos, por el lugar donde estaban escalando el muro los sarracenos.

Al aparecer ella, todos se detuvieron, no pudiendo resistir aquella vista, cayendo por tierra los que escalaban los muros y huyendo todos despavoridos.

Nadie ha podido saber nunca lo que aquellos infelices vieron, pues sólo se sabe que huyeron como si hubieran visto algo terrible.

Santa Clara, patrona de la televisión

El Papa Pío XII en 1958 le dio a Santa Clara el título de "Patrona de la televisión" por haber sido ella una televidente de Belén. Sucedió así:

Era una fiesta de Navidad, fecha histórica en San Damián. Clara seguía enferma y no pudo ser trasladada a la iglesia. Llega la hora de la media Nochebuena. Las hermanas celebran con fervor la vigilia alegre y santa; la única pena es que "su abadesa y madre" no está allí.

Y ¿qué sucedió? Ella les acompaña desde cerca, desde su pobre colchón tendido en el suelo del dormitorio; con sus ojos claros del cuerpo y del alma contempla el Misterio.

En el momento que pensaba en la celebración litúrgica, su desván se transfigura, como si los ángeles de Belén cambiaran aquel desván instantáneamente en un gigantesco televisor de proyección a color y tridimensional. Entonces Clara ve la Iglesia de la Porciúncula, ve y oye a los frailes salmodiando jubilosamente, escucha de maravilla la predicación y el canto devoto. Clara mira el espectáculo embelesada.

La función televisada desde la Porciúncula y la de las hermanas en San Damián duró un tiempo igual. Ellas suben con prisa a contarle a su abadesa y madre lo bien que había resultado la función... y ella las interrumpe diciéndoles: "Hermanas: bendito sea el Señor Jesucristo, que no me ha dejado sola... Sabed que desde aquí he visto y oído la hermosísima función que han celebrado nuestros hermanos en la Porciúncula, y se la refirió con todo detalle.

Lo que dijo Beatriz de su hermana Clara

Beatriz, hermana carnal de Clara, hizo esta declaración jurada acerca de ella en el proceso de su canonización, y es como un resumen de su vida:

Clara aceptó la predicación de San Francisco, y renunció al mundo y a todas las cosas terrenas y vendió toda su herencia y parte de la herencia de la testigo y la dio a los pobres. Luego Francisco la tonsuró ante el altar, en la iglesia de la Virgen María, llamada de la Porciúncula, y después la llevó a la iglesia de San Pablo de las Abadeses. Y como sus parientes quisieron sacarla de allí, Clara agarró los manteles del altar y se descubrió la cabeza, mostrándola rapada; y de ningún modo quiso acceder, ni se dejó sacar de allí, ni regresar con ellos.

Allí estuvo poco tiempo y luego fue llevada a la iglesia de San Damián, lugar en que el Señor le dio más hermanas que gobernar, y en su gobierno se condujo tan santa y tan prudentemente, y tantos milagros hizo por medio de ella, que todas las hermanas y todos los que la conocieron y trataron, la tienen por santa.

Preguntada en que estaba la santidad de Clara, respondió: en la virginidad, en la humildad, en la paciencia y afabilidad, en las dulces exhortaciones a las hermanas, en la asiduidad en la oración, en la abstinencia y el ayuno, en la aspereza del lecho y del vestido, en el desprecio de la misma, en el fervor del amor de Dios, en el deseo del martirio, y sobre todo en el amor a la pobreza.

Sor Beatriz dijo de Clara que había curado a algunas hermanas con la señal de la cruz y la oración, pues ella las había visto enfermas y después curadas, y que Dios por sus oraciones defendió al monasterio de los sarracenos...

Feliz tránsito de Santa Clara

Otra religiosa testigo en el proceso de la canonización de la Santa. Sor Bienvenida, que había convivido con ella 29 años rifiriéndose a lo que presenció el día anterior a su muerte, dijo que Sor Clara sin que nadie le hablase, comenzó a encomendar a su alma diciendo: "Vete en paz, pues tendrás buena escolta; por que el que te creó, infundió en tí el Espíritu Santo; y luego te ha cuidado como la madre a su hijo pequeñito".

Y una hermana, llamada Sor Anastasia, preguntó a la santa con quién hablaba, y le contestó: "Hablo a mi alma bendita". Y mientras la testigo se entretenía pensando sobre la grande y maravillosa santidad de Santa Clara, vio de pronto con los ojos de su cuerpo una gran multitud de vírgenes, vestidas de blanco con coronas sobre sus cabezas, que se acercaban...

En medio de estas vírgenes había una más alta, bellísima sobre todas las otras y con una corona mayor era la Virgen María, y la cubrió primero en el lecho con una tela finísima, tan fina que, por su sutileza, se veía a la santa, aún estando cubierta con ella. Luego inclinó su rostro sobre la santa y desaparecieron todas.

Preguntada sobre si la testigo entonces velaba o dormía contestó que esta despierta y bien despierta.

La virgen Clara vivió y murió santamente. La noticia de su tránsito al cielo conmovió a toda la ciudad y en tropel acudieron ante su cadáver, proclamándola santa. Al día siguiente también el Papa y los Cardenales, que estaban en Asís, asistieron al funeral, y a los dos años de su muerte fue canonizada solemnemente por el Papa Alejandro IV el 26 de septiembre de 1255.

9 788477 700159